



Libros

Ciudad de Niebla, de Johann Rodríguez-Bravo

Andrés Mauricio Muñoz
Egresado
Taller de Escritores
Universidad Central

“**A**unque ha vivido por fuera tanto tiempo, sabe que la única patria son los recuerdos de la infancia y que esa es la que duele cuando se empiezan a notar las arrugas de la cara”. El narrador puso en boca de Saúl, el escritor compulsivo que por su corta edad deja que esa compulsión sea coartada, esta frase y creo que es ella la que en definitiva marca esta novela. Me ha confinado un par de horas en el ejercicio de recordar mi infancia, mi adolescencia, mis años de puñetazos, sexo y falsos enamoramientos; he tratado de asociar esos recuerdos con el de los personajes de las muchas historias que el narrador nos cuenta de los habitantes de ciudad de niebla. La primera sensación que arriba al ejercicio, es que yo también estuve obsesionado por Claudia —aquella niña que se acostaba con el padre de su amiga y que murió con él, asfixiada en un motel, mientras hacían un trío—, aunque yo no tuve la fortuna de que fuera mía; también se me ha antojado que yo era aquel que hacía flexiones de pecho en ese parque mientras el padre de Saúl quemaba «*de una vez por todas*» los manuscritos que lo desquiciaban; yo también conocí al gordo pepe y un día casi me doy duro con él, eso el autor no lo contó; también hice parte de esa feroz pelea en el desierto y de ella me recuerdan dos cicatrices en la espalda.

Johann Rodríguez-Bravo construyó, a través de las muchas historias que trazan la novela y haciendo uso de una aguda capacidad de observación, el mapa de una generación de esta ciudad que, a diferencia de muchos casos en la literatura, no puede ser Beijing, Nueva York, San José de Costa Rica, Bogotá o Barranquilla; no, esta ciudad, pese al efecto de la niebla, sólo es una en la geografía de Colombia y fácilmente puede señalarse con el dedo. Sin embargo, a diferencia de la niebla que obstruye la visión, abre un camino claro de asociaciones, que bien podría ser estrecho o amplio, al terreno de lo que ya fue, lo que sólo puede recordarse así sea cifrando «*algunos fragmentos de ese laberinto del pasado, porque ninguna generación es ajena a la vieja costumbre de relatos mal contados, de cuentos rotos por la imaginación, de historietas sin final*».